

CICATRICES INVISIBLES



SECRETOS

Gemma Pasqual i Escrivà

algar



1

MAGDALENAS, HUEVOS DUROS Y OTROS DRAMAS MATUTINOS

Al cerrar la puerta de casa, el aire de la mañana, fresco y limpio, me llenó los pulmones como si acabara de escapar de un sitio sin oxígeno. Caminaba disfrutando de esos minutos de paz. Era temprano, y no quería llegar al instituto con tiempo de sobra. Había aprendido por experiencia propia que ser la primera en pisar el centro significaba asistir en vivo a *Vega vs. Luna: guerra fría en directo*, un reality show.

Mientras andaba, saqué el móvil y abrí WhatsApp.

Dime que ya estás despierto. 😴

La respuesta no tardó ni diez segundos. Obviamente.

Juan:

Hace rato.

Claro que sí. Juan no dormía; él solo reposaba el tiempo justo para seguir existiendo.

¿Puedo pasar por tu casa?

Juan:

Sí. Mi abuela pregunta si has desayunado. 🍞 ☕





No. 😞

Juan:

Mi abuela dice que tienes el desayuno en la mesa. 🍰 ☕

Esa última frase acabó de convencerme. Apreté el paso y me fui derechita hacia su casa; de hecho, hacia la casa de María; como los padres de Juan estaban fuera por trabajo, él se había instalado allí hasta su vuelta.

Cuando llegué, llamé al timbre. Unos segundos después, la puerta se abrió de golpe y apareció Juan, con ropa de deporte, el pelo húmedo de la ducha y la expresión de quien ha decidido que descansar es un concepto sobrevalorado.

–¿Ya has corrido el maratón de hoy? –pregunté, mirándolo de arriba abajo.

–He salido a correr a las seis.

Arrugué la nariz.

–¿A las seis? ¿De la mañana?

–Es la única hora tranquila para entrenar.

Hice una mueca exagerada.

–Es la única hora tranquila para entrenar, porque el resto de la humanidad está durmiendo, Juan.

Él soltó una carcajada, pero no respondió. Solo hizo un gesto para que entrara, como si discutir conmigo no fuera parte de su plan de entrenamiento.

La cocina olía maravillosamente a café y a pan tostado. Siempre había pensado que si algo se podía definir como



un refugio era ese espacio. Todo era acogedor, cálido y sin rastro de caos. María ya estaba sentada a la mesa, tomándose el café con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Cuando me vio, arqueó las cejas, divertida.

–Buenos días, Amaranta. ¿Qué te trae por aquí?

–Me ha guiado el destino.

–¿El destino o el hambre?

–Un poco de cada.

–¿Tostadas o magdalenas?

–Magdalenas.

Me senté y dejé la mochila en el suelo con un suspiro dramático. María meneó la cabeza y me puso delante un plato con dos magdalenas y un tazón de chocolate caliente. Le pegué un bocado a una magdalena como si aquella hubiera sido mi primera comida después de una guerra, como si hubiera vuelto de una misión secreta en un desierto inhóspito.

–María, eres la mejor –dije con la boca llena, saboreando la mantequilla, el azúcar y ese toque de limón, como si las magdalenas me estuvieran devolviendo la vida.

María, mientras removía el café con tranquilidad, sonrió con esa expresión de sabiduría infinita que solo las abuelas saben poner.

–Solo soy una abuela que no entiende cómo la gente se puede saltar el desayuno.

Entonces apareció Juan y se dejó caer en una silla. Miré su plato y solté un profundo suspiro.

–Juan...





Él levantó la vista con pereza.

–¿Qué?

Señalé su desayuno con la cucharilla del chocolate, horripilada por la escena que tenía delante.

–Esto no es desayunar.

Sobre su plato descansaban tres huevos duros perfectamente alineados, como si fueran parte de un ritual alimentario extraño. Ni una pizca de pan. Ni un poco de color. Ni un poco de alegría.

–Es proteína –replicó, encogiéndose de hombros con una indiferencia que me sacaba de quicio.

–Es aburrimiento.

–Es lo que necesito.

Puse los ojos en blanco y me giré hacia María en busca de apoyo moral.

–María, por favor, convéncelo de que esto es un error.

Ella meneó la cabeza con paciencia, como si ya hubiera tenido esa discusión mil veces y supiera que no había nada que hacer.

–Ya lo he intentado, pero es más terco que una mula.

Cogí otra magdalena para contrarrestar la energía negativa que se estaba instalando en la mesa.

–Tu cuerpo necesita variedad.

–Mi cuerpo necesita lo que yo le doy.

Alcé una ceja, más que preparada para rebatir esa idea ridícula.

–Dentro de poco te veremos convertido en una estatua de músculos con cáscaras de huevo en los pies.



Él sonrió con suficiencia, apoyándose en la silla con una seguridad exasperante.

–Seguramente estaré en mejor forma que tú.

–Seguramente yo tendré una vida más feliz.

A María le bailaron los labios por las ganas de reírse, pero no añadió nada más. Solo dio un sorbo de café, con el autodomínio que tienen las personas que ya han visto pasar demasiados dramas adolescentes.

–El problema de Juan es que cuando se obsesiona con algo no quiere reconocerlo –añadí mientras recogía una miga de magdalena del plato con la punta del dedo.

Él me miró de reojo, pero no dijo nada. Fue entonces cuando María inclinó ligeramente la cabeza hacia mí, pasando página en la conversación.

–¿Sabes, Amaranta? Creo que tengo un libro que te gustará.

Levanté la vista, desconfiada.

–Si es de autoayuda, me voy ahora mismo.

Ella se rio, negando con la cabeza.

–No, no. Es una novela.

Se levantó con tranquilidad y se dirigió hacia una estantería repleta de libros viejos, libros que habían pasado por tantas manos que su valor no estaba ni en las portadas ni en el estado del papel, sino en las historias que guardaban.

Cuando volvió, traía un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas*. Nada más verlo supe que no era un libro cualquiera. La cubierta era dura, de color azul oscuro, con el título en letras doradas algo borradas por el paso del tiempo.





Cuando lo dejó en la mesa, vi que los cantos estaban gastados y el lomo tenía pequeñas grietas que demostraban que se había abierto muchas veces.

Pasé los dedos por la tapa y noté su textura rugosa. Olía a libro viejo, a una mezcla de papel antiguo y tinta que se había impregnado en las páginas con los años. Lo abrí con mimo. Contenía ilustraciones, pero no de esas modernas y estilizadas, no: eran dibujos antiguos, en tinta negra, con trazos detallados y sombreados intrincados. «¿Qué uso tiene un libro sin dibujos ni conversaciones?», leí que preguntaba Alicia. Y tenía razón. Ese libro no solo tenía que ser leído: tenía que ser observado, sentido.

Pasé una página y me encontré con el Gato de Cheshire sonriendo de forma inquietante, con el cuerpo a medio desaparecer entre los árboles retorcidos del país de las maravillas. En la página siguiente, Alicia aparecía pequeña, mirando hacia arriba con una expresión de sorpresa, mientras el Conejo Blanco huía con el reloj de bolsillo en la mano. Avancé unas páginas más y encontré al Sombrerero Loco, con su enorme sombrero lleno de retales, los ojos brillantes y una sonrisa que yo no acababa de decidir si era divertida o un punto inquietante.

—Es una edición antigua —explicó María—. Me la regaló mi madre cuando era pequeña. Y ahora creo que a ti te irá bien leerla.

Levanté una ceja.

—¿Alicia en el país de las maravillas? ¿Como la de Disney?



Juan, que hasta ese momento había estado más preocupado por comerse los huevos duros, levantó la vista con una expresión de genuina sorpresa.

– Espera, ¿eso es un libro?

– Por favor, Juan. – Solté un largo suspiro—. Evidentemente, es un libro.

– Ah, pues yo solo conozco la peli de dibujos. La del conejo y la niña rubia.

María esbozó una sonrisa paciente.

– Ya lo imaginaba.

– ¿Y por qué debería leerlo, si ya he visto la película? – pregunté llena de curiosidad.

María se apoyó en la mesa y me miró con la calma propia de las abuelas que te quieren dar una lección sin que te des cuenta.

– Porque es la historia de una chica que, de repente, se encuentra en un lugar que no comprende.

– Como el instituto – murmuré, y María sonrió, señalándome con un dedo, como si hubiera acertado una respuesta importante.

– Exacto. Carroll escribió esta historia llena de personajes absurdos, normas ilógicas y situaciones imposibles para hablar, en el fondo, del paso de la infancia a la adolescencia. Alicia se cae en un mundo que le resulta extraño, donde todo el mundo le dice cómo tiene que ser, qué tiene que hacer, pero ella no para de cambiar, de crecer, de intentar encontrar su propia voz.

Me quedé en silencio.





–¿Y por qué te recuerda a mí?

Ella sonrió con complicidad.

–Porque tienes una manera de mirar el mundo como si todo fuera un despropósito, pero, al mismo tiempo, nunca te quedas quieta. Buscas respuestas, te cuestionas las cosas. Y Alicia, aunque se pierda, jamás deja que nadie decida por ella.

Cerré el libro con cuidado y lo dejé encima de mi mochila, notando el peso que tenía. No solo el físico, sino esa especie de peso intangible que tienen las cosas que han pasado por muchas manos y llevan más historias que las que cuentan.

–De acuerdo, le daré una oportunidad. Pero, si acabo teniendo pesadillas con conejos blancos y reinas psicópatas, te haré responsable de ello.

–Ya me lo dirás.

Juan miró la hora y resopló.

–O nos movemos o llegaremos tarde.

Cogí otra magdalena para el camino mientras María nos despedía con una sonrisa.

–¡No te olvides de leer *Alicia en el país de las maravillas*, Amaranta!

–Si empiezo a hablar con gatos sonrientes, te pasaré la factura del psicólogo.

Juan puso los ojos en blanco mientras salíamos de casa.

Y yo, por primera vez, pensé que quizá el libro tenía más que ver conmigo de lo que me hubiera gustado admitir.



Y mientras intentaba entender a Juan –las pesas, los batidos, ese silencio que retumbaba–, la vida hizo lo que hace siempre: avanzar. Dos semanas más tarde, en casa, alguien llamó al timbre y entró con una maleta y un perro que respondía al nombre de Tizón. Era Carlota.

